

## "PRACTICA CLINICA "

**PRESENTA EL ALUMNO:** →

**(Diego A Guillén)**

**GRUPO, SEMESTRE y MODALIDAD:**

**(6to Cuatrimestre "A" Lic. Enfermería  
Escolarizado)**

**Comitán de Domínguez, Chiapas.**

El entreacto de la historia de la cirugía durante el cual no existían ya dolores operatorios, no tenía que haber durado forzosamente algo más de tres decenios. Porque el sombrío poder de la fiebre purulenta habría podido ser descubierto y combatido en sus causas, pocos años después del descubrimiento de la anestesia; puesto que el hombre que comprendió estas causas y sus fatales consecuencias, el hombre que sospechó y vio claramente después el camino que conducía al infierno de la fiebre y de la muerte por supuración y además de verlo lo proclamó desesperadamente ante sus contemporáneos, este hombre existió, vivió efectivamente. Pero se rieron, se burlaron de él y de sus descubrimientos, exactamente de la misma manera como lo habían hecho con las ideas de Horace Wells.

Hasta mediados del siglo XIX la idea de que lavarse las manos era importante para no enfermar era algo difusa. Es cierto que, antes, algunos manuales recomendaban mantener las manos limpias por decoro y que los médicos lo aconsejaban por un cierto sentido común, pero con una base científica poco sólida. En 1847, el médico húngaro Ignaz Semmelweis demostró que esta práctica, literalmente, salvaba a muchas personas de la muerte, algo que hoy se da por descontado pero que entonces constituía una novedad. La técnica, no obstante, no se abrió paso en la comunidad científica hasta décadas después, por el rechazo de una parte de sus colegas y por el propio carácter de su inventor, y si bien es cierto que los avances de Semmelweis salvaron muchas vidas, también lo es que arruinaron la suya.

Sería injusto decir que en épocas anteriores se ignoraba el concepto de higiene. El Islam incorporó desde sus inicios esta idea como medio para la purificación, y en la Edad Media , entre ciertos estamentos, era común lavarse las manos antes y después de las comidas (el tenedor es un invento relativamente reciente). En el Renacimiento , el médico italiano Tommaso Rangone señalaba que las manos “debían ser limpiadas de las superfluidades, el sudor y la suciedad que la naturaleza suele depositar en esos lugares”. Los médicos pensaban que, efectivamente, las manos sucias podían transmitir enfermedades, pero más bien de tipo de dermatológico.

Pero a pesar del éxito espectacular de las técnicas, la innovación no fue bien recibida por todos. En la Viena de la época convivían dos generaciones de

médicos: la primera, conservadora y vinculada con prácticas pasadas; la otra, a la que él pertenecía, renovadora. Para los primeros, era muy difícil admitir que el culpable de la muerte de aquellas mujeres era justamente el contagio procedente de quien se suponía que debía cuidar de ellas.

Además, había una cuestión de clase: la mayor parte de los médicos pertenecían a clases bien situadas y tenían de sí mismos la imagen de personas con una escrupulosa higiene, porque la limpieza personal se había popularizado en las últimas décadas y se había convertido en un símbolo de posición. La suciedad, pensaban, era propia de las capas sociales más bajas.

Por eso, tanto sus trabajos y recomendaciones como los de Holmes en Estados Unidos fueron ridiculizados por una parte de la comunidad médica que veía sus conclusiones como inaceptables. Algunos investigadores, por su parte, añaden otros dos aspectos que dificultaron la difusión de sus ideas. El primero es que en una sociedad machista como la de mediados del siglo XIX, el embarazo y el parto eran considerados cosa de mujeres y la obstetricia era una especialidad médica de poco prestigio; el otro, que el propio científico no fue capaz de transmitir sus ideas de forma adecuada, sea por un dominio deficiente del alemán o porque no utilizó los canales habituales de divulgación del momento.